

historia de las mujeres y del feminismo desde 1945

Teresa María Ortega López
Mónica Moreno Seco




EDITORIAL
SÍNTESIS

HISTORIA DE LAS MUJERES
Y DEL FEMINISMO
DESDE 1945

Nuevos debates, nuevos espacios,
nuevas identidades

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: PILAR TOBOSO SÁNCHEZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

HISTORIA DE LAS MUJERES
Y DEL FEMINISMO
DESDE 1945

Nuevos debates, nuevos espacios,
nuevas identidades

Teresa María Ortega López
Mónica Moreno Seco



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Teresa María Ortega López
Mónica Moreno Seco

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-239-0
Depósito Legal: M-579-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PARTE I. EL MUNDO DESPUÉS DE 1945

1. LAS MUJERES EN LA AGENDA INTERNACIONAL. LA ONU Y LAS MUJERES	17
1.1. <i>Potenciando el discurso mundial sobre los derechos de las mujeres: el papel de la ONU</i>	18
1.2. <i>La Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, en 1946, y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en 1948.</i>	25
1.3. <i>La Declaración y la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres</i> ..	33
1.4. <i>Las conferencias mundiales sobre las mujeres: Ciudad de México (1975), Copenhague (1980), Nairobi (1985) y Pekín (1995)</i>	39
1.5. <i>El siglo XXI: los Objetivos de Desarrollo del Milenio y ONU Mujeres</i>	44
2. MUJERES Y FEMINISMO EN EL BLOQUE OCCIDENTAL Y CAPITALISTA	47
2.1. <i>Maternalismo y bienestar. El segundo sexo y la mística de la feminidad</i>	48
2.2. <i>La segunda ola feminista.</i>	55
2.2.1. Origen y composición del movimiento de liberación de la mujer	56
2.2.2. Las reivindicaciones: lo personal es político	62
2.3. <i>Nuevos debates, nuevos espacios para el feminismo</i>	72

3.	MUJERES Y GÉNERO EN LA ÓRBITA DEL SOCIALISMO SOVIÉTICO	77
3.1.	<i>Aboliendo el género. Los bolcheviques en el poder</i>	78
3.2.	<i>El Zhenotdel y la emancipación de las mujeres</i>	83
3.3.	<i>Stalin y la “nueva mujer soviética”</i>	88
3.4.	<i>Mujeres y género tras el estalinismo</i>	94
3.5.	<i>¿Verdaderamente emancipadas e iguales?</i>	96
3.6.	<i>Género, mujeres y regímenes comunistas en la Europa del Este</i>	100
4.	EL MUNDO POSTCOLONIAL. HISTORIA Y NARRACIONES DE LOS FEMINISMOS DE LOS “MÁRGENES”	107
4.1.	<i>Contra el feminismo hegemónico blanco de Occidente</i>	108
4.1.1.	<i>Un momento clave: la Conferencia Mundial sobre la Mujer de México de 1975</i>	109
4.1.2.	<i>Los feminismos de los “márgenes”: características generales</i>	112
4.1.3.	<i>Los feminismos de los “márgenes”: soporte teórico</i>	114
4.2.	<i>Historia y narrativas de los feminismos periféricos</i>	117
4.2.1.	<i>El feminismo en Asia Central: la India y Pakistán</i>	117
4.2.2.	<i>El feminismo en América Latina</i>	122
4.2.3.	<i>El feminismo en África</i>	126

PARTE II.

“NUEVOS” SUJETOS Y “NUEVAS” EXPERIENCIAS

5.	LAS MUJERES COMO AGENTES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA	135
5.1.	<i>A prueba de bombas: la persistencia de los roles y estereotipos de género en la violencia política</i>	137
5.2.	<i>¿El sexo débil? Agencia y presencia de las mujeres en las organizaciones terroristas</i>	144
5.3.	<i>“Presuntas culpables”. Mujeres promotoras de conflictos y violencia política en la España contemporánea</i>	152
6.	MUJERES CONTRA LA GUERRA, MUJERES POR LA PAZ	159
6.1.	<i>Mujeres contra la guerra, mujeres por la paz. Una mirada desde la historia contemporánea</i>	163

6.2.	<i>Mujeres, guerras y pacifismo tras la Segunda Guerra Mundial</i>	166
6.2.1.	La protección legal de las mujeres contra la guerra y la violencia sexual.....	168
6.2.2.	Mujeres y acciones pacifistas: de la Guerra Fría a nuestros días.....	172
6.3.	<i>La ONU y su apuesta por el pacifismo feminista</i>	182
7.	MUJERES Y GÉNERO EN EL MUNDO RURAL Y AGRARIO	185
7.1.	<i>Modernización y desarrollismo agrarios: la revolución verde</i>	189
7.2.	<i>La imposición de un sesgo androcéntrico en la moderna agricultura</i>	192
7.3.	<i>Las mujeres y la propiedad de la tierra: un profundo surco para la siembra de la igualdad</i>	197
7.4.	<i>Hacia la Agenda 2030. La participación de las mujeres rurales en el desarrollo sostenible y en el espacio público</i>	202
7.5.	<i>El asociacionismo rural femenino en España. Un campo fructífero para la siembra de igualdad y sostenibilidad</i>	207
8.	RETOS PENDIENTES EN EL TIEMPO PRESENTE	215
8.1.	<i>Las mujeres y la igualdad en la agenda global del siglo XXI</i>	216
8.2.	<i>Los nuevos feminismos</i>	228
8.2.1.	La tercera ola. La interseccionalidad y los debates sobre la identidad.....	229
8.2.2.	Dispersión, críticas y alternativas.....	235
8.2.3.	¿Hacia la cuarta ola? Activismo y reivindicaciones transnacionales.....	238
	CRONOLOGÍA	245
	– Instrumentos internacionales en materia de derechos de las mujeres.....	245
	– Mujeres elegidas o designadas jefas de Estado como presidentas.....	247
	– Mujeres primeras ministras o presidentas de Gobierno ..	250
	BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	257

2

MUJERES Y FEMINISMO EN EL BLOQUE OCCIDENTAL Y CAPITALISTA

En Europa y Norteamérica, la situación de las mujeres y las identidades de género experimentaron profundos cambios en la época de entreguerras, con la irrupción del ideal de la “nueva mujer moderna”, la difusión del “tercer sexo” y la consecución de derechos como el sufragio y el divorcio en las viejas y las nuevas democracias. Pero, en las décadas de los 20 y 30, también los fascismos y diversos regímenes dictatoriales desarrollaron políticas que ensalzaban el modelo tradicional femenino, resumido en la propaganda nazi en torno a la tríada niños, cocina e Iglesia. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, muchas mujeres se aprestaron a colaborar con sus Gobiernos en el esfuerzo bélico y desarrollaron todo tipo de actividades en la retaguardia, mientras que otras participaron en la resistencia o en los ejércitos, o se esforzaron en sobrevivir con sus familias, en unos años marcados por unos niveles de violencia desconocidos hasta entonces. Durante la guerra, los discursos que ensalzaban la virilidad de los soldados se combinaban con otros que reforzaban una imagen de las mujeres como víctimas del enemigo, decididas trabajadoras o maternales enfermeras.

Aunque el conflicto terminó en 1945, la violencia se prolongó durante algunos años en la posguerra. A las mujeres acusadas de haber colaborado y mantenido relaciones personales con los ocupantes nazis se les reservó un duro castigo, que tenía un marcado carácter sexuado: el rapado de cabello. Esta violencia contra las mujeres, que tuvo lugar en toda Europa occidental y especialmente en Francia, simbolizaba un deseo de virilizar la patria para aquellos que sentían que la derrota ante las tropas alemanas había puesto en entredicho el orgullo de la nación y la masculinidad de sus habitantes varones. En otros casos, aquellas mujeres que regresaron de los campos de exterminio nazis no siempre pudieron recuperar sus vidas, ni sus domicilios y trabajos anteriores a la deportación, y se sumieron en el silencio ante una sociedad que no quería hablar sobre un pasado incómodo. Las que sufrieron violaciones, a manos de los soldados de los ejércitos ocupantes o de los soldados aliados, también tuvieron que callar. Por otro lado, la reconfiguración de las fronteras en el centro de Europa y el trazado del telón de acero provocaron traslados masivos de mujeres y sus familias hacia Occidente.

Al enfrentamiento bélico le siguió, sin solución de continuidad, la Guerra Fría, un conflicto entre las dos superpotencias vencedoras, Estados Unidos y la Unión Soviética, que supuso la división del planeta en dos bloques. En el mundo capitalista, la posguerra dio lugar, en Estados Unidos, a un fuerte crecimiento económico, mientras que la Europa occidental se recuperó lentamente de la devastación provocada por la conflagración mundial. Las combatientes que habían luchado en la resistencia pocas veces obtuvieron reconocimiento público por su esfuerzo. Aquellas que se habían incorporado a las fábricas para producir armamento y sustituir a la mano de obra masculina fueron expulsadas del mercado laboral y debieron volver a las tareas domésticas. Un nuevo ciclo político comenzaba, lo cual influyó en los discursos y las políticas de género, que cambiaron en consecuencia.

2.1. *Maternalismo y bienestar. El segundo sexo y la mística de la feminidad*

La consolidación de algunos derechos en los países occidentales, como el voto en Francia (1944) o Italia (1946), significó un innegable avance en la situación de las mujeres. No obstante, en muchas naciones subsistía la

pérdida de la capacidad civil de las mujeres al contraer matrimonio, cuando pasaban a ser seres dependientes de sus maridos, sin derecho a gestionar bienes ni a la patria potestad de sus hijos e hijas (lo que se mantuvo hasta los años 1956 en Holanda, 1957 en Irlanda o 1975 en España). Además, la segunda mitad de las décadas de los 40 y los 50 estuvieron marcadas por el auge de los discursos natalistas y maternalistas, que reclamaban el regreso de las mujeres al hogar, después de la experiencia de la guerra, que había sido emancipadora para muchas mujeres que habían trabajado en la industria o desempeñado tareas militares. Se difundieron mensajes en los medios de comunicación y se desarrollaron políticas que reformularon la feminidad, lo que propagó el ideal del ama de casa. La publicidad, la prensa y el cine se encargaron de ensalzar las virtudes de la maternidad y de la familia, así como de la entrega abnegada de las mujeres a sus esposos, hijos e hijas. En los países democráticos, las autoridades recurrieron a medidas de estímulo —es decir, subsidios familiares—, como sucedió en Suecia, Noruega, Gran Bretaña o Francia; se trataba de primas de natalidad, ayudas económicas a embarazadas o ayudas por hijos destinadas a las madres. Por el contrario, en las dictaduras, como la española, se impusieron políticas que conducían a la subordinación de las mujeres a sus esposos (como la concesión de subsidios familiares al cabeza de familia), dificultaban el trabajo de las mujeres casadas, y se convocaban premios de nupcialidad y natalidad (Bock y Thane, 1996). Esta decidida apuesta por el natalismo provocó el denominado *baby boom*, un fuerte incremento de la natalidad que comenzó en 1945 y fue muy destacado, sobre todo, en la década siguiente, aunque se sostuvo hasta 1965.

Las dificultades económicas de la inmediata posguerra europea obligaron a que se prolongaran las colas de abastecimiento y el racionamiento de los productos de primera necesidad, no solo en los países arrasados por la guerra, como Alemania, sino también en los vencedores, como Reino Unido. En Alemania Occidental (es decir, la República Federal de Alemania, o RFA), muchas mujeres participaron en el desescombros y la reconstrucción de las ciudades. El Plan Marshall y la recuperación progresiva de la economía permitieron una mejora en el nivel de vida, que alivió las tareas cotidianas a las que se enfrentaban las mujeres para atender las necesidades de sus familias, una situación que se retrasó en España hasta entrados los años 50, debido al aislamiento internacional a que fue sometida la dictadura franquista. La estética y la moda, como en otros periodos históricos, reflejan

y, a la vez, ayudan a conformar los modelos de género del momento. En la década de los 40, la moda en el mundo occidental estaba protagonizada por los vestidos o trajes de chaqueta rectos y sencillos que vestían las madres y esposas recatadas, poco maquilladas y al servicio de sus familias.

Sin embargo, ya a finales de los 50 empieza a cambiar la moda, cuando Christian Dior triunfa con su “modelo campana”, de pecho resaltado, cintura estrecha y falda amplia, que da comienzo a una creciente erotización del cuerpo femenino. El cine y las revistas difunden este nuevo arquetipo, encarnado por actrices como Marilyn Monroe, convertida en un símbolo sexual dirigido al público masculino. Pese a utilizar métodos cuestionados, la publicación del Informe Kinsey sobre el comportamiento sexual de las mujeres, en 1953, suscitó una amplia polémica en Estados Unidos, al enfrentar a la sociedad norteamericana con la complejidad de la sexualidad de las mujeres, una cuestión considerada tabú hasta entonces. Progresivamente, se fueron extendiendo valores como el amor y el respeto, como sustentos del matrimonio, y en los manuales dirigidos a las parejas se empezó a aconsejar que las mujeres participaran activamente en las relaciones sexuales, aunque nunca se cuestionaba la autoridad del esposo ni, por tanto, la jerarquía entre los hombres y las mujeres.

De forma paralela, entre 1945 y 1975 tuvo lugar el progresivo desarrollo del estado del bienestar en el mundo occidental democrático, que impulsó cambios relevantes en la vida de las mujeres. Por un lado, hubo un importante incremento en la construcción de viviendas con inversión pública, y se multiplicaron las casas modernas con agua corriente, cuartos de baño, electricidad y calefacción. Por otro, se abrieron numerosas guarderías, y se extendieron los servicios sociales dependientes de las administraciones. Además, el desarrollo del sistema sanitario público tuvo un impacto directo en el descenso de las muertes de mujeres en los partos y de la mortalidad infantil, gracias también a la difusión de la leche artificial. Todo ello permitió que muchas mujeres liberaran tiempo para su propia formación y para trabajar. Eran medidas de carácter universal, dirigidas a toda la población, que contrastaban con las políticas asistencialistas y corporativas de las dictaduras española y portuguesa, en las que no se desarrolló este modelo social (Lefaucher, 2000).

A estos cambios se les unió una fuerte inversión en educación, que hizo posible el paulatino acceso de las mujeres a la enseñanza primaria y la

secundaria, hasta el punto de que, en los primeros años 70, ya existía una presencia paritaria de niños y niñas en varios países europeos. No obstante, en las universidades persistía la preeminencia de los varones: en el curso 1964-1965, en la práctica totalidad de las naciones de Europa occidental, los hombres suponían un 30 % más que sus compañeras de clase. Además, la pervivencia de los estereotipos hacía que ellas se decantaran por estudios medios y universitarios orientados al secretariado, las humanidades, la enseñanza o la asistencia social, mientras que ellos preferían las carreras técnicas y científicas (Lagrove, 2000, pp. 528-529).

Las transformaciones en la vida cotidiana y en la enseñanza, así como el aumento de los niveles de consumo (que reclamaban más ingresos para poder hacer frente a nuevos gastos), explican el incremento del empleo femenino, en una sociedad inmersa en un proceso de fuerte crecimiento y modernización. La mano de obra femenina se trasladó de los sectores primario y secundario al terciario, por lo que las mujeres ocuparon puestos de trabajo con cierta cualificación, en oficinas, en la enseñanza, la sanidad o los servicios sociales. Precisamente, muchos de los puestos de trabajo públicos creados con las políticas de bienestar fueron ocupados por mujeres, sobre todo en los países con modelos socialdemócratas, como Suecia, y, en menor medida, en las naciones con regímenes liberales, como Estados Unidos.

Se trataba de un proceso en ascenso que vería resultados importantes en el medio plazo: si en 1960 aproximadamente un tercio de las mujeres estaban incorporadas al mercado laboral (con diferencias: el 22 % en los Países Bajos, el 32 % en Gran Bretaña, o más del 37 % en la RFA), en 1980 el porcentaje rondaba el 40 % en Gran Bretaña y Francia, mientras que en los países nórdicos era mucho mayor, con un 71 % en Suecia, por ejemplo (Anderson y Zinsser, 2009, p. 820). A pesar de ello, las mujeres siguieron relegadas a las actividades menos prestigiosas y cualificadas, muchas veces vinculadas al cuidado, con menor responsabilidad que los hombres y a tiempo parcial. Por ejemplo, todavía en 1973 el trabajo femenino en los empleos a tiempo parcial suponía el 89 % del total en Alemania y el 91 % en Inglaterra. Por ello, sus salarios eran de media un 25-30 % menores que los de los hombres en 1975, a pesar de que en muchos países se había legislado la igualdad salarial (Lagrove, 2000, pp. 533-535).

Pero esta creciente presencia de las mujeres en el mercado laboral tuvo lugar sin que se cuestionara, hasta mediados de los años 60, el modelo de

esposa y madre, que seguía siendo el mayoritario. La publicidad y la prensa femenina retrataban a las mujeres como modernas amas de casa que administraban con eficacia sus hogares y se encargaban del consumo de productos de limpieza, higiene y belleza. La nueva moda *prêt-à-porter* y la difusión de artículos sintéticos aligeraron las tareas de costura y planchado. También los electrodomésticos (frigorífico, lavadora) y los alimentos congelados y enlatados hicieron posible dedicar menos tiempo a la cocina o la limpieza, aunque su expansión fue progresiva. Como consecuencia, disminuyó la mano de obra dedicada al servicio doméstico, que se dirigió a otros sectores, pero también se consolidaron la asignación de las tareas de la casa en exclusiva a las mujeres y la identificación entre la feminidad y la domesticidad.

A pesar de los cambios introducidos en la vida de las mujeres, pervivieron discursos y prácticas tradicionales, que fueron objeto de reflexión de dos importantes intelectuales, que abrieron el camino al posterior movimiento feminista de los años 60 y 70. En primer lugar, en 1949, la filósofa francesa Simone de Beauvoir publicó su célebre obra *El segundo sexo*, que más adelante se convertiría en un texto de referencia básico para el feminismo de la segunda ola americano y europeo (Morant, 2018). En este amplio estudio sobre la condición de las mujeres, la autora planteaba que estas eran definidas por la religión, el derecho y la filosofía como seres subalternos al varón, un “otro” inferior y dependiente que ocupaba un segundo puesto en una sociedad que concedía la prioridad a los hombres, y proponía que las mujeres dejaran de serlo para alcanzar protagonismo con su propia liberación y erigirse en sujetos autónomos.

Lo que define de una manera especial la situación de la mujer es que, siendo como ser humano una libertad autónoma, se descubre y se elige en un mundo donde los hombres le imponen asumirse como Otra; se pretende fijarla como un objeto [...]. El drama de la mujer es este conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que se afirma siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inesencial (Beauvoir, 2000, vol. I, p. 63).

Además, frente a los argumentos que insistían en que las diferencias entre hombres y mujeres tenían una raíz biológica, Beauvoir mostró que la feminidad se sustentaba en una educación y una socialización diferenciadas, idea que resumió en la conocida expresión “no se nace mujer, se llega a

serlo”, que apunta al posterior concepto de género. Afirmaba que las mujeres no estaban sometidas a un destino natural, sino que eran educadas según un modelo definido por los hombres en diferentes contextos históricos, un ideal que giraba en torno a la maternidad y que ellas mismas aceptaban como natural de resultados del proceso de socialización (Beauvoir, 2000):

Las mujeres de nuestros días están destronando el mito de la feminidad, empiezan a afirmar de forma concreta su independencia; sin embargo, les cuesta trabajo lograr vivir plenamente su condición de seres humanos. Educadas por mujeres, en el seno de un mundo femenino, su destino normal es el matrimonio que las subordina de nuevo en la práctica al hombre; el prestigio viril está lejos de haberse borrado; sigue descansando en sólidas bases económicas y sociales. Es, por lo tanto, necesario estudiar cuidadosamente el destino tradicional de la mujer. ¿Cómo hace la mujer el aprendizaje de su condición? (vol. II, p. 9).

No se nace mujer, se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico, económico, define la imagen que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; el conjunto de la civilización elabora este producto intermedio entre el macho y el castrado que se suele calificar de femenino (vol. II, p. 13).

Hay que repetir una vez más que en la sociedad humana nada es natural y la mujer es uno de tantos productos elaborados por la civilización; la intervención ajena en su destino es originaria: si esta acción estuviera dirigida en otro sentido, el resultado sería muy diferente. La mujer no se define por las hormonas, ni por instintos misteriosos, sino por la forma en que percibe, a través de las conciencias ajenas, su cuerpo y su relación con el mundo (vol. II, p. 538).

Al plantear que la subordinación femenina se explicaba como resultado de una construcción social y de una evolución histórica, mostró una senda de cambio al movimiento feminista, frente a la inmutabilidad que defendían los planteamientos esencialistas. Otras ideas que apuntó Beauvoir fueron el cuestionamiento de la maternidad como destino obligado de las mujeres y la crítica a la institución familiar, que, al reproducir la jerarquía de los varones sobre las mujeres, las oprimía.

Aunque fue atacado por los sectores más conservadores de la sociedad francesa y la Iglesia lo incluyó en el índice de los libros prohibidos en 1956,

El segundo sexo se convirtió en una sólida base de la teoría feminista posterior y causó un gran impacto en las jóvenes de los años 60 y 70. Además, la independencia de criterio de Beauvoir, su brillantez académica y su relación abierta con el filósofo Jean-Paul Sartre tuvieron gran influencia en numerosas mujeres. Con el desarrollo de la segunda ola, la propia Beauvoir se convirtió en una líder del feminismo francés; participó en la campaña por la despenalización del aborto, y se colocó al frente de organizaciones como la Liga Francesa por los Derechos de la Mujer.

Una segunda aportación crítica provino de Estados Unidos, donde, a principios de la década de los 60, los niveles de consumo eran muy altos, y las modernas madres y esposas eran invitadas por la publicidad a equipar sus hogares con electrodomésticos y nuevos productos. En ese contexto, un libro publicado en 1963 se convirtió en *best seller* en poco tiempo: *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan.

La mística de la feminidad afirma que el valor más alto y la única misión de las mujeres es la realización de su propia feminidad [...]. El error, afirma esta mística, la raíz de los problemas de la mujer en el pasado, estriba en que las mujeres envidiaban a los hombres, intentaban ser iguales que ellos, en vez de aceptar su propia naturaleza, que solo puede encontrar su total realización en la pasividad sexual, en el sometimiento al hombre y en consagrarse amorosamente a la crianza de los hijos.

Pero el nuevo modelo que esta mística ofrece a las mujeres es el mismo viejo modelo: “Profesión, ama de casa”. La nueva mística hace del ama-de-casa-madre-de-la-familia que nunca ha tenido ocasión de llegar a ser otra cosa, el modelo de todas las mujeres. Gracias a esta refinada trampa logra sencillamente convertir ciertas facetas domésticas, concretas y limitadas de la vida femenina [...] en una religión, en un modelo por el cual todas las mujeres deben regirse de ahora en adelante, o renunciar a su feminidad (Friedan, 1974, p. 70).

Esta autora retrató el “malestar que no tiene nombre” de muchas mujeres, prisioneras entre la idealización del ama de casa y la insatisfacción que provocaba una vida sentida como poco gratificante, que obligaba con frecuencia a abandonar estudios y objetivos profesionales. Un descontento que, según Friedan, no obedecía a la condición femenina, ni a una frustración sexual, como muchas veces sostenían los discursos científicos del

momento, sino a la imposición de un ideal estereotipado. Reclamaba que las mujeres trazaran un proyecto de vida propio, no definido al servicio de los demás, y que se organizaran para lograr romper con dicha situación. Sin la carga teórica y el alcance explicativo del texto de Beauvoir, *La mística de la feminidad* contribuyó, por su lectura sencilla, a que muchas mujeres de diferentes países identificaran una experiencia común de subordinación y se empezara a difundir una identidad colectiva. La propia Friedan se implicó en el movimiento feminista pocos años después.

A veces, la lectura de estos dos textos y, otras veces, las reuniones de amigas o conocidas, en las que compartían problemas cotidianos y expresaban su sensación de injusticia e indignación, permitieron a muchas mujeres comenzar a definirse como un sujeto colectivo que mostraba que las situaciones de discriminación y dominación que percibían en sus vidas no eran producto de la responsabilidad individual, sino un fenómeno social que requería una respuesta común.

2.2. La segunda ola feminista

La historia del feminismo suele estructurarse en torno a varias olas, metáfora con la que se pretende describir sus momentos de auge; no deben entenderse como procesos aislados, sino como parte de un continuo entre etapas de flujo o movilización y de reflujo o reacción antifeminista, pero en las que ya se está preparando la siguiente ola (Garrido-Rodríguez, 2021). No existe, sin embargo, un consenso en cuanto a la periodización de cada ola, ni sobre el número de ellas. En este texto, en que entendemos el feminismo no solo como teoría, sino también como movimiento político y social colectivo, consideramos que la primera ola fue protagonizada por el sufragismo, que se desarrolló entre mediados del siglo XIX y principios del XX y bebió de las anteriores propuestas de las pensadoras ilustradas. El logro del derecho de voto en algunos países, el ascenso del fascismo en otros, la Segunda Guerra Mundial y las políticas natalistas de los años 40 desactivaron el movimiento feminista.

Por ello, la segunda ola englobaría la movilización que irrumpió desde finales de los años 60, ante el convencimiento de que, a pesar de las promesas, la igualdad formal, que en muchas ocasiones ya se había conseguido

(aunque no de forma completa), no se había traducido en igualdad real. El movimiento de liberación de la mujer, que protagonizó esta ola, no solo planteó afianzar los derechos en el ámbito público, sino que también prestó mucha atención a situaciones que hasta entonces se consideraban propias de la esfera privada, superando la división entre lo público y lo privado. Es decir, no solo se deseaba transformar el ordenamiento jurídico y las estructuras sociales, sino también las relaciones personales, entendidas como relaciones de poder, y las subjetividades. Se denunció, por tanto, que la vida privada estaba atravesada por la desigualdad, y se popularizó el lema “Lo personal es político”, que ampliaba los límites del poder y la política. Ante situaciones de injusticia o violencia que hasta ese momento se vivían en la esfera privada, la respuesta debía ser colectiva y política. Ante el poder ejercido por padres y esposos, la respuesta era buscar el apoyo de grupos de mujeres. En diálogo con el lenguaje y los presupuestos de otros movimientos sociales y políticos de la época, que reclamaban la independencia del tercer mundo, que defendían el protagonismo de nuevos colectivos, como la juventud, y que hablaban de la necesidad de una revolución sexual, el movimiento feminista reivindicó la “liberación” de las mujeres, término que se distinguía, por su ambición y su radicalidad, de la “emancipación” de las sufragistas o la “promoción” de los años 50.

2.2.1. Origen y composición del movimiento de liberación de la mujer

Para entender la aparición de esta segunda ola, cabe tener en cuenta los cambios sociales y culturales que atravesaron el mundo occidental en los años 60. Además de las transformaciones en los patrones de consumo y en el mercado laboral, a las que ya nos hemos referido, hay que subrayar la aparición de una nueva generación que desarrolló una cultura juvenil crítica con las estructuras básicas de la sociedad del momento, como la educación, la Iglesia y la familia. En primer lugar, las universidades se convirtieron en focos de protesta, no solo contra los Gobiernos, sino también contra un funcionamiento jerárquico que excluía al estudiantado y contra la transmisión de saberes que reproducían la sociedad de consumo. En Berkeley, la Sorbona y otros campus, se extendió la movilización estudiantil en “los años 68”, expresión que

toma su nombre del mayo de 1968 francés. En segundo término, a lo largo de esta década tiene lugar una fuerte crisis religiosa, tanto en los países protestantes como en los católicos, aunque con diferentes ritmos, que implicó que los discursos religiosos perdieran en parte su capacidad de regular la vida cotidiana de las mujeres jóvenes y que la moral religiosa tradicional fuera disminuyendo su predicamento. En tercer lugar, los modelos familiares que provenían de la posguerra, en torno al eje del hombre proveedor y la mujer ama de casa, fueron cuestionados, y la autoridad paternal, contestada, lo que llevó al entonces denominado “conflicto generacional”.

Entre esta juventud, más formada y presente en el debate público, se introdujeron nuevos hábitos, que remitían a unas relaciones personales menos rígidas, como se plasmó en la cultura *hippie*. La liberación sexual, que comenzó en los años 60 y se prolongó en la década siguiente, permitió superar muchos tabúes, aunque con frecuencia no cuestionó la jerarquía entre hombres y mujeres. La legalización y el uso de nuevos métodos anticonceptivos fueron extendiéndose de forma paulatina, a pesar de las resistencias de los sectores conservadores; entre otros, de la Iglesia católica, que, con la encíclica *Humanae vitae*, publicada por Pablo VI en 1968, prohibió a las parejas católicas el uso de métodos artificiales de control de la natalidad, salvo el Ogino-Knauss. En 1960, se legalizó la píldora anticonceptiva en Estados Unidos, y su uso se difundió progresivamente por todo el país, primero para las mujeres casadas, y ya en 1972 para las solteras. En Europa, fue legalizada en Alemania y Reino Unido, en 1961. No obstante, en otros países, aunque muchas veces era recetada para regular el ciclo menstrual, tardó en legalizarse abiertamente como método anticonceptivo, y, cuando se hizo, obedeció a la presión del movimiento feminista, como veremos. Junto con otros métodos, como los dispositivos intrauterinos, la píldora permitió a las mujeres controlar con facilidad sus embarazos y, en última instancia, contribuyó a replantear las relaciones de género (Watkins, 1998).

El impacto de estos cambios sociales y legales se reflejó en un descenso acusado de la tasa de fecundidad (que mide el número de hijos o hijas por mujer): en Estados Unidos, pasó de 3,7 en 1957 a 1,8 en 1975; en Australia, de 3,9 en 1960 a 1,9 en 1980; en Europa occidental y septentrional, de más de 2,5 o 3 en 1964 a menos de 2 en 1975. A la vez, disminuyeron los índices de nupcialidad, se incrementaron los divorcios y creció el porcentaje de parejas no casadas (Lefaucheur, 2000, pp. 480-482).

Una vez más, estas transformaciones se reflejaron en una nueva estética, moderna y cómoda, que permitía desarrollar una vida activa. Las faldas de tubo, los tacones, las fajas y los peinados elaborados fueron sustituidos por la minifalda (que puso de moda Mary Quant, en 1963), el pantalón y el bikini, prendas de ropa que causaron gran escándalo en un primer momento, pero que se fueron generalizando poco a poco. Aunque la francesa Brigitte Bardot o la italiana Sophia Loren seguían siendo actrices muy populares, fue propagándose un nuevo canon de belleza, de cuerpos muy delgados y cabellos cortos o sueltos, consagrado por la modelo británica Twiggy o la actriz norteamericana Audrey Hepburn. La moda “unisex” proyectó la imagen de mujeres independientes y autónomas que no tenían el cuidado del hogar como único objetivo.

En este contexto, el movimiento de liberación de la mujer empezó a darse a conocer, con unas primeras actividades que causaron una gran impresión en la opinión pública. Algunos grupos protestaron contra la reducción del cuerpo de las mujeres a mero objeto sexual y contra un modelo único de belleza, con el boicot en 1968 al concurso Miss América en Estados Unidos, y la quema de sujetadores y fajas, o dos años después, en Gran Bretaña, con la irrupción en el concurso Miss Mundo al grito de “No somos bellas, no somos feas, estamos enfadadas”, unas movilizaciones que se repitieron por todo el arco occidental. En Francia, fue muy polémica la ofrenda de flores que unas feministas depositaron en recuerdo a la esposa del soldado desconocido, en el Arco de Triunfo de París, en 1970, en homenaje a alguien más anónimo todavía que ese héroe nacional.

El origen de estas iniciativas se remonta a reuniones informales en que amigas y conocidas se escuchaban y compartían sus experiencias, sus emociones y su descontento. A partir de estos encuentros, se crearon grupos de autoconciencia, poco estructurados y antijerárquicos, que reflexionaban sobre sus propias vivencias y, de forma progresiva, sobre lecturas compartidas y debates teóricos (Nash, 2004, p. 181). De esta manera, se fue construyendo una identidad colectiva que apelaba a un “nosotras” que compartía elementos de opresión y propuestas de emancipación. Surgieron todo tipo de organizaciones a lo largo y ancho del mundo occidental, y el movimiento fue ganando fuerza, con revistas (*Ms*, fundada por Gloria Steinem, en Estados Unidos; *Spare Rib*, en Gran Bretaña; *Emma. Revista de Mujeres para Mujeres*, en Alemania; *Questions Féministes*, en Francia, o *Vindicación Feminista*, en

España) y editoriales especializadas, librerías y cafés de mujeres, y se multiplicaron las movilizaciones, las conferencias y los seminarios.

Aunque el movimiento estaba compuesto, en buena cuenta, por mujeres blancas de clase media, sus integrantes presentaban una cierta heterogeneidad, en función de su condición, su edad y sus planteamientos. Puede hablarse, en este sentido, de tres grandes corrientes del feminismo de la segunda ola: liberal, socialista y radical (Schneider y Pham, 2017). En primer lugar, el feminismo liberal reclamaba igualdad de derechos e igualdad de oportunidades, desde el convencimiento de que las mujeres debían incorporarse al sistema liberal democrático. Estuvo representado por NOW (*National Organization for Women*), asociación creada en 1966 en Estados Unidos y liderada por Betty Friedan, que agrupó a mujeres, con frecuencia de mediana edad, a quienes el “malestar” que había descrito Friedan en su libro llevó a movilizarse. NOW impulsó un gran debate, en todo el país, al reclamar la aprobación de una enmienda de la Constitución para garantizar la igualdad de derechos, denominada ERA (*Equal Rights Amendment*), que fue ganando apoyos en numerosos estados en los años 70, aunque no consiguió convertirse en norma federal ni llegó a incorporarse al texto constitucional.

Por otro lado, las jóvenes universitarias europeas y norteamericanas se vieron influidas por el clima de agitación promovido por el movimiento en defensa de los derechos civiles de la población afroamericana, los proyectos de liberación de los pueblos colonizados, las movilizaciones contra la guerra de Vietnam, el mayo del 68, la contracultura juvenil y la aparición de la nueva izquierda. Muchas jóvenes participaron en estas protestas, pero se indignaron al verse relegadas a las tareas consideradas secundarias (hacer fotocopias, limpiar locales, distribuir propaganda), sin que sus voces fueran escuchadas en las asambleas y reuniones, y sin acceder a puestos de poder en las organizaciones. Este descontento impulsó la aparición del feminismo socialista y del feminismo radical, pues, para quienes se identificaban con el primero, resultó obvio que era necesario repensar la cultura política de izquierdas, y, para quienes se declaraban feministas radicales, la única opción válida era coordinarse de forma autónoma.

El feminismo socialista planteaba la necesidad de vincular la igualdad entre las mujeres y los hombres con la movilización por una sociedad más justa también en términos de clase social. Defendía que el feminismo

tuviera en cuenta las desigualdades económicas que afectaban a las mujeres y que el marxismo reconociera a estas como sujetos políticos con reivindicaciones específicas. Insistía en aportar un enfoque de clase a los debates y reivindicaciones feministas, y en revisar el marxismo clásico, para afirmar que los derechos de las mujeres no debían subordinarse a la lucha obrera, ya que existía el convencimiento de que alcanzar la sociedad sin clases y sin propiedad privada no supondría, de forma automática, la desaparición de la desigualdad en que se encontraban las mujeres. El feminismo socialista defendía muchas veces la doble militancia, en el feminismo y en la política, una lucha paralela que recogía uno de sus principales lemas: “No hay socialismo sin liberación de la mujer, no hay liberación de la mujer sin socialismo”. Pensadoras como Heidi Hartmann e Iris Young creían que la situación de subordinación de las mujeres se explicaba por la estrecha relación entre el capitalismo y el patriarcado. Además, las feministas que se adscribían a esta corriente cuestionaron el funcionamiento interno de los propios partidos de corte marxista, en los que se reproducía la exclusión de las mujeres de los espacios de representación y se dejaban en un segundo plano las reivindicaciones feministas.

Entre las intelectuales feministas de la época que partían del marxismo para proponer una teoría explicativa sobre las relaciones entre las mujeres y los hombres, destacó la francesa Christine Delphy, que se definía como feminista materialista. Defendía la existencia de un modo de producción doméstico, denunciaba la explotación patriarcal y sexual, consideraba que el trabajo doméstico era trabajo productivo, y afirmaba que las mujeres constituían una clase social. Delphy se implicó en el movimiento feminista y fundó, junto con Simone de Beauvoir, la revista *Questions Féministes*, en 1977.

Por su parte, el feminismo radical surgió a partir de grupos que llamaban a la liberación de las mujeres, los *women's lib*, que juzgaban limitado el feminismo liberal y rechazaban las instituciones. Esta corriente propugnaba la militancia única en el movimiento de las mujeres, pues mostraba una absoluta desconfianza hacia los partidos políticos y la política, que consideraba una estructura de poder masculina que excluía a las mujeres. Entre otras características comunes, el feminismo radical concedió gran relevancia a las relaciones personales, al cuerpo y a la sexualidad, y denunció el androcentrismo en el pensamiento. Al desvelar la existencia del patriarcado como estructura de poder, dotó de especificidad a la movilización feminista, frente

a otras corrientes que confiaban en la ampliación democrática de los derechos o la revolución social (Puleo, 2005, p. 41). En Estados Unidos, algunos grupos radicales conocidos fueron WITCH o *Redstockings*, este último impulsado por Shulamith Firestone.

Desde el feminismo radical, una autora fundamental para la teoría feminista fue la estadounidense Kate Millett, que publicó, en 1970, *Política sexual*, el texto más importante del feminismo de la segunda ola. En él, esta autora definía el concepto de patriarcado, que había tomado de la antropología, como una forma de dominación que estructuraba las relaciones sociales para conceder el poder a los hombres y subordinar a las mujeres, y que era aceptado como natural, pero tenía un marcado carácter político. Millett planteaba que el patriarcado no se manifestaba solo en la exclusión de la política o del trabajo remunerado, sino también en las relaciones personales y sexuales, y desarrollaba un control sobre las mujeres que ella denominaba político. El poder, en su opinión, se plasmaba también en la intimidad, en la familia y en la sexualidad (“el sexo es una categoría social impregnada de política”); de ahí el lema “Lo personal es político”, que ella acuñó. Con sus propias palabras:

Un examen objetivo de nuestras costumbres sexuales pone de manifiesto que constituyen, y han constituido en el transcurso de la historia, un claro ejemplo de ese fenómeno que Max Weber denominó *Herrschaft*, es decir, relación de dominio y subordinación. En nuestro orden social, apenas se discute y, en casos frecuentes, ni siquiera se reconoce (pese a ser una institución) la prioridad natural del macho sobre la hembra. Se ha alcanzado una ingeniosísima forma de “colonización interior”, más resistente que cualquier tipo de segregación y más uniforme, rigurosa y tenaz que la estratificación de las clases. Aun cuando hoy día resulte casi imperceptible, el dominio sexual es tal vez la ideología más profundamente arraigada en nuestra cultura, por cristalizar en ella el concepto más elemental de poder.

Ello se debe al carácter patriarcal de nuestra sociedad y de todas las civilizaciones históricas. Recordemos que el ejército, la industria, la tecnología, las universidades, la ciencia, la política y las finanzas —en una palabra, todas las vías del poder, incluida la fuerza coercitiva de la policía— se encuentran por completo en manos masculinas. Y como la esencia de la política radica en el poder, el impacto de ese privilegio es infalible. Por otra parte, la autoridad que todavía se atribuye a Dios y a sus ministros, así como los valores, la ética, la filosofía y el arte de

nuestra cultura –su auténtica civilización, como observó T. S. Eliot–, son también de fabricación masculina (1995, pp. 69-70).

Según Millett, el patriarcado ejercía su poder a través de la violencia (violaciones, prostitución, velo, etc.), pero también por medio de la aceptación, producto de la socialización (Puleo, 2005, p. 52).

Otra obra destacada del feminismo radical fue *La dialéctica del sexo* (1970), de Sulamith Firestone, canadiense afincada en Estados Unidos, quien criticaba el materialismo marxista y entendía que la reproducción era el origen de la opresión de las mujeres. Proponía liberar a las mujeres de esta tiranía de la reproducción y la crianza, y de su dependencia de los hombres, por medio de los anticonceptivos, el aborto y las nuevas técnicas de reproducción asistida, y de la crianza colectiva. Proyectaba una futura sociedad sin clases sexuales ni familias, ni clases sociales, en torno a pequeñas comunidades socialistas en las que hubiera un reparto igualitario de tareas y libertad sexual. En el contexto de la revolución sexual, también la australiana Germaine Greer destacó la importancia de la sexualidad femenina, como práctica revolucionaria, y criticó en *El eunuco femenino* (1971) la tradicional negación del placer sexual de las mujeres y la reducción de estas a objetos sexuales sumisos.

Estas diferencias teóricas y organizativas, y los debates y controversias que se suscitaron entre los distintos colectivos, no obstante, no impidieron la participación conjunta de las feministas en numerosas campañas y movilizaciones en defensa de los derechos de las mujeres.

2.2.2. Las reivindicaciones: lo personal es político

Con ritmos diversos, en función del contexto histórico y político de cada país y de la capacidad de influencia de las organizaciones feministas, en los años 70 el feminismo de segunda ola emprendió numerosas campañas que agitaron la opinión pública y, con frecuencia, desembocaron en cambios legislativos que permitieron mejorar las condiciones de vida de las mujeres. En las naciones democráticas, se trataba de ampliar derechos –incorporando, sobre todo, los reproductivos– como la despenalización de los anticonceptivos y del aborto. En los países sometidos a dictaduras, como Portugal